

## **IV. IN MEMORIAM**

## MARÍA ÁNGELES LARREA SAGARMÍNAGA

(Usansolo, 19-5-1925 - Bilbao, 23-4-2014)



Los amigos de *Iura Vasconiae* se han fiado de mí para recordar a quien fuera miembro de su Patronato y su Presidenta Honoraria. Por eso he pasado últimamente algunos ratos revisando papeles y cosas de Mariángeles para apoyar mi memoria. Pero la tarea se me antoja como si estuviera revolviendo hojas secas en un jardín: cayeron de un árbol hermoso, sí. Pero a quien no lo haya conocido en su esplendor estos restos nada le dirán; para mí son casi tanto como el mismo árbol porque, en algún momento, fueron él. Pero no lo debo hacer para mí, sino para recordar su persona a otros. Y entonces, ¿cuáles de las hojas, de los recuerdos, son más «árbol»? ¿Cuáles lo identifican mejor? ¿Cuáles podrán decir más de lo frondoso que aquél fue...?

Trato de recrear quién fue y cómo era Mariángeles. Me temo que no soy capaz de enseñar más que hojas secas entre las manos. Pero lo intentaré, siquiera a pequeños pasos.

Nació en Usansolo (Galdakao) en 1925. Vicenta Sagarmínaga, su madre, era natural del mismo Usansolo, hija de un caserío que aún subsiste, convertido en residencia: «San Andrés»; su padre, Gabino Larrea, del caserío Agarre, en Amorebieta. Los dos, hijos menores de unas familias amplias. Casados en 1921, tuvieron primero a María Ángeles y, cuatro años después, a su hermano Juan José.

Los primeros ocho años los vivió en Usansolo. Luego, por razón del trabajo de su padre, se trasladaron a Lemoa. Hasta su matrimonio viviría allí, con los paréntesis de las estancias en la Universidades de Valladolid y Madrid.

Casada (1951), se instalaría con su marido José Luis Goti en Bilbao, alquilando un piso en la Alameda de Recalde 41, al tiempo vivienda y consulta; pasando, años después, a la que ha sido su casa definitiva, en el 33 de la Alameda de Urquijo.

Esto no nos da más que un marco mínimo, unas referencias muy elementales de localización, pero nada más. Cabría aumentar estas referencias algo más, pero como se echa de ver, nada, absolutamente nada nos dicen acerca de quién y cómo ha sido Mariángeles. Hay que atender a otros datos.

Los desempeños en que se fue ocupando nos dirán algo más acerca de ella: participación en la Acción Católica, fundación del Colegio Berrio-Ochoa, en Amorebieta; creación de los Centros para la Promoción de la Mujer; docencia en la Universidad de Deusto... Hay aquí ya algo más. Estas referencias, simplemente enunciadas, ofrecen un esbozo. Aparecen dos líneas elementales: una, de condición religiosa, otra de índole académico-docente. Luego volveré sobre la primera, evidente en Mariángeles; ahora quiero subrayar un aspecto concreto: el trabajo para los demás.

Le oí contar a Mariángeles, muchas veces, el origen del Colegio Berrio-Ochoa. Recién licenciada (1948), Gabino, su padre, quiso disfrutar «luciendo» a su hija ante sus conocidos. Y en Amorebieta, vinieron a cruzarse con el entonces Alcalde. El padre, orgulloso, se la presentó recalcando el dato de su recién estrenada Licenciatura en Filosofía y Letras. Al bueno del Alcalde aquello de «la Filosofía» no le encajaba en sus esquemas y le preguntó a nuestra Mariángeles: «Y... “eso” ¿para qué sirve?». La respuesta, a bote pronto, fue que podía valer para, junto a otros titulados, establecer un centro de enseñanza reconocido oficialmente en el propio pueblo que facilitase los estudios de Bachillerato a los chicos del contorno. Y el Alcalde *picó* de inmediato, comprometiendo la cesión de unos locales si Mariángeles lograba la autorización oficial precisa. Me parece bastante claro que, la rapidez de la respuesta revela que ésta había sido valorada antes; que Mariángeles veía su titulación con una función de –por completar las palabras del Alcalde– *servir para* los demás.

Y eso mismo se me antoja aún más evidente en el otro empeño recordado arriba: la fundación de los Centros de Promoción de la Mujer.

En la génesis de la idea estaban, de una parte, la circunstancia de indigencia terrible padecida por las mujeres que habían venido inmigradas a las zonas industriales del País, cuestionante para cualquier sensibilidad. De otra, la llamada de atención planteada por Juan XXIII y sus «signos de los tiempos», uno de los cuales era, precisamente, este de la promoción de la mujer en la sociedad. Para plantearlos, acudió a cualquier sitio en que le pudieran dar luces –UNESCO entre otros–, y fondos económicos. Por su fortuna, la Caja de Ahorros Vizcaína la ampararía declarándola «obra social propia».

Se repite lo de antes: para servir a los otros, otra vez.

He mencionado otro campo más: la Universidad, su desempeño en la de Deusto. Acudió a ella reclamada por D. Andrés de Mañaricúa, cuando se plan-

teó la apertura de una Facultad de Filosofía y Letras, a comienzos de los 60, formando parte de su primer Claustro. Y en ella desarrolló toda su vida académica, hasta su retiro, primero como Ayudante en las cátedras de Historia Universal y de España; en igual condición luego en la de Historia de Vizcaya. Más adelante ya como Titular y luego Catedrática de Historia del País Vasco. A su jubilación, la Universidad le concedería el título de Catedrática Emérita. Y vuelvo a insistir en lo ya recalado: su inteligencia del desempeño docente como función de servicio para los otros. Y aquí puedo hablar con perfecto conocimiento de causa porque, desde 1974, he estado siempre cerca suyo.

Desde muy pronto conocí algunos planteamientos críticos que sostenía. Por ejemplo: que era muy difícil para una sociedad reducida como la nuestra, «soportar impunemente» (así lo decía) la aportación de doscientos licenciados en Letras cada año. No le hacía falta un derroche de imaginación para saber que la mayor parte de ellos no encontraría desempeño acorde con su preparación, que ésta había supuesto un sacrificio que no iba a encontrar compensación. Se quejaba de lo «cerrado» a otras opciones de formación del currículo de Historia, para el que reclamaba el concurso de la economía, del derecho, también –y bien tempranamente– de la informática...

Sobre esto estuvo insistiendo muy largo tiempo, aunque sin éxito institucional. Trataba de compensarlo con esfuerzos personales y recuerdo cómo, allá por los 80, organizó un cursillo de introducción a la informática con el prof. José Miguel Rincón que se impartió en la UPV/EHU... El eco de esta actitud se mostró en el trabajo que llevaría a cabo durante su bienio de dirección de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País (1989-1991) bajo el título *Proyecto Loyola. La juventud vasca hacia Europa*.

Estas áreas de acción algo más nos dicen de quién era, pero sigo encontrando la imagen que se dibuja poco ajustada a quien ella fue... Dan algunas pistas pero no me recrean a la Mariángeles que conocí. No puedo sino recurrir a mi imagen personal, a cómo la he podido ver, comprender y querer a lo largo de este tiempo.

Anotaré, en primer lugar, un aspecto que no es uno de los más fundamentales, más entitativos, de Mariángeles, pero sí me parece bastante característico de ella. No estoy seguro de acertar si lo llamo *orgullo de los orígenes*.

Mariángeles tuvo un grado muy alto de identificación con sus padres. Ella había sido una hija muy deseada y fue una hija muy amante. Pero, sobre la relación afectiva que se supone normalmente entre padres e hijos, y que en el caso alcanzaba un grado superlativo, se daba, además, un nivel de admiración mutua muy elevado. Quiero recordar que, vencida ya por el alzhéimer, en medio de su silencio progresivo, de su desligamiento del mundo de lo real, nunca

olvidó a sus padres ni a su hermano. Cuando le mostrábamos sus fotos, la identificación era inmediata:

—*Mariángeles, éste ¿quién es?*

—*Mi padre.*

—*Y ¿cómo se llama?*

—*Gabino.*

Y repetíamos con la imagen de Vicenta, y con la de su hermano Juanjo.

Y esta triple línea –amor, admiración, identificación–, no se contenía en el ámbito íntimo de lo familiar. Se extendía también a los de origen y de vida. Le acompañé en bastantes ocasiones a recorrer su Usansolo natal, a acercarse a su casa nativa: *Torreondo* –en cuya construcción intervendría su padre, teniendo ocasión de conocer a Vicenta–; a visitar Lemoa y el Carmen de Larrea, en Amorebieta, de que su madre había sido muy devota. El término es equívoco, pero, en estas notas de aproximación a quién y cómo era Mariángeles, diré que estaba orgullosa de «ser de pueblo», nunca tuvo a menos haber salido de él y mantuvo vivas amistades cuajadas en la niñez y juventud.

Se pueden buscar respuestas para esto: hay una herencia genética, hay una cultura que se recibe y se comparte; hay unas formas particulares de estar en la vida que se van asimilando de los más inmediatos. Es cierto, por supuesto. Pero hay algo más: no estamos determinados; dentro de ciertos límites, podemos elegir. Y las opciones acogidas resultan reveladoras.

Aquí es donde, en mis recuerdos, empieza a aparecer la Mariángeles que fue como realmente fue.

Vicenta Sagarmínaga fue una mujer esencialmente religiosa: referida a Dios. Y esta orientación fue asumida, absoluta y libérrimamente, por su hija.

Hace ya muchos años, un colega del Claustro de Deusto me preguntó –no sé con qué intención–, cuál era el «punto débil» de Mariángeles, al tiempo que avanzaba: «Será nacionalista, ¿no?». No me hizo falta pensar mucho la respuesta: si se trataba de dar con el meollo de Mariángeles, con la base de sus actitudes, no había que buscar por ese camino; su verdadero punto medular era su criterio religioso. Desde mi punto de vista –aunque no sólo es el mío–, esta fue la piedra angular de su personalidad.

Pero no de forma intimista, contenida en la esfera de lo puramente personal, sino *trascendida* a los demás. No era *original* en ello: su madre había sido su modelo. Es muy reveladora la anécdota que refería Mariángeles ocurrida a la inauguración de su chalet de verano en Sopelana (en realidad es tan reveladora la anécdota misma como la reiteración con que la recordaba). Como era tradicional, al rematar el tejado se celebró una comida con las cuadrillas que habían

intervenido. Asistieron los padres, también. El ambiente era festivo, pero a Mariángeles le llamó la atención que su madre mantuviera un gesto serio a lo largo de la celebración. Terminada ésta y llegada la hora de las despedidas, le tomó aparte –en el balcón, sobre el mar, así lo recordaba ella–, para averiguar si había alguna razón de disgusto. Tal como, literalmente, lo refería, el diálogo fue así:

–*Amatxu: no has dicho nada... ¿Es que no te gusta?*,

–*¿No me va a gustar? Pero desde aquí, es mucho más difícil ir al Cielo, si no la compartes...*

Y esto lo hizo Mariángeles, con la casa desde luego, pero también como actitud básica a lo largo de su vida. Desde que, niña aún, se acercara al entonces párroco de Lemoa, D. Isidro Anía, para pedirle alguna forma en que vehicular su afán «porque quería ser apóstol»; en su participación en la Acción Católica, o como razón de su vinculación, recién casada y con su marido, a «Fraternidad Cristiana», a la que entregaban una porción considerable de sus ingresos para compartirlos con menos afortunados; en sus desempeños en las «Campanas contra el hambre» o en la ya mencionada creación de los Centros de Promoción de la Mujer.

Era, desde luego, cuidadosa de las formas religiosas pero estaba más atenta a las significaciones profundas. Y, de forma característica, sus expresiones en este ámbito tenían que ver con las relacionadas o relativas a los otros.

Vinculada al Claustro de la Universidad de Deusto desde el momento de la creación de la Facultad de Letras, desempeñó toda su vida académica en ella y le dedicó atención, esfuerzo y amor. Y, llamaré la atención sobre esto: sin desempeñar cargo ninguno, a los que jamás aspiró (tan sólo ocupó el Vicedecanato de Euskal Filología, y eso ocurrió por el empeño personal de Gotzon Gárate).

Creo que, como docente, una de sus principales preocupaciones fue el encontrar puestos y desempeños adecuados para quienes tenía cerca. Algo he anotado antes sobre esto y yo mismo soy un ejemplo de ello, pero también me vienen a la cabeza aquellos a quienes «empujó» a la Universidad del País Vasco, conocedora de que en Deusto no tendrían proporción alguna de futuro. Algunos de los nombres que figuran en el índice de la obra *Haciendo Historia* (proyectada desde el Depto. de Historia Contemporánea de la UPV-EHU, por Manolo González Portilla y Manu Montero), son testimonio de lo que digo. Y en ese mismo sentido debe entenderse el otorgamiento del Premio «Andrés E. de Mañarikua» por la Diputación Foral de Bizkaia (2002), a propuesta de su antiguo alumno el Dr. Manuel Montero, entonces Rector Magfco. de la UPV/EHU.

Esta actitud no era cosa suya, sólo. Ya he apuntado a su madre, desde luego, raíz fundamental. Pero también era compartida por su marido, José Luis,

y aumentada entre ambos. De sus ecos, ya va dicho pero es justo repetirlo, nos hemos beneficiado muchos.

Más: no la puedo recordar sin alegría. Era alegre desde la médula de su alma. Desde los primeros tiempos en que empecé a tratarle me llamó la atención que los ojos se le reían. Optimista (pese a su inteligencia realista). Acostumbrada a brindar a todos lo mejor de sí misma, esperaba igual respuesta de los demás. No siempre la obtuvo, y algo sufrió por ello, pero esto no le llevó a cambiar de actitud. Y veo, por las opiniones de otros, igual impresión. Allá por 1948, quien había sido uno de sus profesores de Bachillerato, el sacerdote D. Ángel de Cabo, había publicado un librito *–La alegría de la Fe–*, que le dedicó y Mariángeles ha conservado hasta el final. En la dedicatoria autógrafa dice: «Tal vez a ti, mejor que a nadie se aplique eso de la alegría. Por eso te la dedico con predilección y cariño». Y, años después, en 1998, Jon Idígoras –alumno suyo en el Colegio Berrio-Ochoa–, le recordaba así en su autobiografía *El hijo de Juanita Gerricabeitia*: «María Angeles Larrea era nuestra profesora preferida. Era joven, bonita y acaba de terminar la carrera de Filosofía y Letras. La recuerdo con su chaqueta de piel, sus zapatos topolino y su bolso de plexiglás, entonces tan de moda, sus andares vigorosos y la eterna sonrisa en los labios. Creo que fue mi primer amor platónico, me enamoré de ella».

Y, en los últimos años, no recuerdo que ni una sola de las veces en que pude asistir a su despertar, por la mañana, la viera sin sonreír.

Otra característica: estaba satisfecha, alegre, de hacer las cosas como las podía hacer; sus amigas solían decirle que era «gloriosa»... No se torturaba buscando perfecciones; era bastante consciente de sus capacidades, las ponía en rendimiento y se sentía contenta por ello. Le era ajeno ese sentido de humildad falsa que busca aumentar las alabanzas ajenas mediante un abajamiento fingido.

Su alegría se mostraba, también –y no era una expresión «menor»– en el canto, una de sus manifestaciones favoritas. Dotada de una bonita voz de soprano, se estimulaba con él. Recordaba que, desde sus tiempos de bachillerato, se marcaba la lección o el tema a aprender proponiéndose: «Estudio hasta aquí y canto». Disfrutó con él durante toda su vida. Y, en los últimos tiempos, cuando su voz hermosa se había reducido a un hilo, todavía la respuesta a nuestra pregunta, repetida todos los días: «Maritxu ¿cantamos?», siempre fue un «Sí». Y venía, de seguido, el desgranar el «Aldapeko», su archifamoso «Sakura» –canto japonés a la flor del cerezo–, «Clavelitos» o «Estaba el señor don Gato».

Así recuerdo a Mariángeles, la que conocí a lo largo de casi cuarenta años. Y tengo que añadir que, durante ese tiempo, no he apreciado variación sustancial alguna en estos datos de mi recuerdo: mantuvo su alegría, su sentido del prójimo, su amabilidad.

He comenzado estas notas recordando a sus padres: Gabino y Vicenta. Fueron los orígenes de Mariángeles y de ellos recibió amor, bondad, rectitud, bien hacer... Nuestra Mariangelestxu optó por todo ello y lo fue haciendo crecer durante su vida. Se significó por su generosidad y la subrayó con su alegría. Sacó de ella misma para los demás, dio a manos llenas. Y, cuando ya no se podía dar más, nos dejó su sonrisa. Su amable sonrisa.

RAFAEL M<sup>a</sup> MIEZA Y MIEG